Reflexiones sobre el fuego Mateo Hernández Schmidt Grupo de biodiversidad

Cuando las montañas arden, surge una gran solidaridad y deseo de ayudar a su recuperación. Pero aquí caemos rápidamente en el afán con el que nos movemos hoy las personas. Afán que dificulta observar, sentir y pensar los lugares. Pensamos, ahora cuando el fuego sigue ardiendo, en ir a ayudar a los cerros. ¿Pero estamos pensando si los cerros necesitan esta ayuda? ¿O si es adecuada?

Si somos buenos observadores de la montaña, de esos que vuelven una y otra vez, año tras año, a un mismo lugar que se ha quemado en el pasado, notaremos que muchísimas plantas no mueren con el fuego. Su parte aérea se ha quemado, es cierto, pero sus raíces y tallos subterráneos quedan intactos y de ellos vuelven a surgir, semanas luego del incendio, miles de plantas, mucho más rápido y más fuertes que si fueran plantas de vivero. Otras especies, que sí mueren con el fuego, renacen por millones, de semillas que se conservaron intactas en el suelo.

Así, cada metro cuadrado de terreno quemado, queda cubierto por multitud de pequeñas plantas que rebrotan espontáneamente a las semanas de haberse quemado el lugar. ¿Qué sentido tiene entonces traer miles de arbolitos de un vivero y plantarlos encima de ellas? Quizás sirva para sentirnos bien y sentir que estamos haciendo algo. Si el objetivo de la siembra es éste, puede estar bien hacerlo, por esta razón.

Pero también me pregunto ¿qué falta de conexión es esta que hace que pensemos que la montaña no tiene una capacidad de regenerarse por sí misma? ¿Qué les pasará a las especies del lugar si en lugar de dejarlas crecer les sembramos otras cosas encima? Plantas de vivero, a menudo producidas masivamente, con poca diversidad genética, reemplazando las especies que sí son del cerro desde hace milenios?

¿Hemos pensado por qué las partes altas de los cerros están dominados por especies "amantes del fuego", como el chusque, las acacias, los frailejones, la uva camarona, el eucalipto, el tuno esmeraldo, los cardones, las pajas de páramo, los pinos y los laureles de cera? Pensamos que el fuego las mata, pero no es así. Todas estas especies renacen por sí solas luego del incendio. Si no hubiera fuego, habría otra vegetación, más alta y más boscosa, con grandes gaques, ruaches, amarillos, aguacatillos, suscas, tunos rosos y encenillos. La sombra de estos árboles acabaría a largo plazo con la uva camarona y el laurel de cera y el helecho marranero y los frailejones. Por esto, estas últimas especies, de matorral de subpáramo, se benefician del fuego, que elimina árboles altos y quita así la competencia, dejando que la luz solar que tanto aman llegue a ellas.

En las condiciones de los cerros altos y pedregosos, basta con que haya un solo fuego cada 50-100 años para que el bosque nativo alto no se logre establecer y predominen los matorrales o bosques de árboles exóticos, como pinos, acacias y eucaliptos.

Si queremos que la vegetación cambie y sea de mayor porte, debemos lograr que prácticamente no haya incendios (un reto casi imposible con el clima local y al lado de una ciudad de millones de habitantes).

Teniendo esto en cuenta podemos volver a la pregunta ¿por qué queremos plantar arbolitos en los cerros, luego del incendio? ¿Por qué queremos plantar encima de lo que va a crecer solo, por qué queremos plantar en un sitio que, con mucha probabilidad, va a volver a quemarse décadas después? (y que entonces, una vez más, va a rebrotar de nuevo, como siempre lo hace).

Hay una labor a la que sí le veo más sentido. Y es, si existe la posibilidad de que luego de un incendio que quemó un bosque de pinos, acacias o eucaliptos, grupos de personas que quieren ayudar suben a controlar el rebrote de estos árboles exóticos o de otras plantas invasoras como los retamos (labor que hay que repetir un par de veces al año, durante varios años), se puede lograr que las especies nativas tomen ventaja, logrando un ambiente con mayor diversidad y oferta de recursos para la fauna.

Y bueno, si ya hemos reflexionado en todo esto y aún así vemos espacios que pueden favorecerse con una siembra de árboles nativos bien escogidos (como la que Diana nos compartió arriba), está bien plantarlos. Ojalá, cuando lo hagamos, observemos qué otras plantas nacen esoontáneamente en el cerro. Y ojalá, al plantarlos y cuidarlos, podamos ayudar a controlar un poco las invasoras que surgen a su alrededor. También ojalá les deseemos que desarrollen raíces fuertes, tallos subterráneos y que produzcan abundantes semillas para que rebroten de nuevo, en el evento probable que un nuevo incendio pase por el lugar, así sea 100 años después.